

ÁLVARO DE LA IGLESIA



TÚ TAMBIÉN  
NACISTE  
DESNUDITO

*Tú también naciste desnudito* es una sátira diestramente novelada de las costumbres contemporáneas. El autor ya abordó este género en algunas de sus novelas anteriores, que han alcanzado un copioso número de ediciones: *Sólo se mueren los tontos*, *Los que se fueron a La Porra*, *Todos los ombligos son redondos*, *Un náufrago en la sopa...* Con la misma técnica novelística que en estas obras, técnica inventada por el propio Álvaro de Laiglesia y que se aparta genialmente de todas las normas establecidas, nos relata las aventuras y desventuras de un personaje muy de nuestros días: Alejandro Montalbán. He aquí el eje alrededor del cual gira un planeta que parece absurdo y desorbitado, pero que es en el fondo un fiel retrato de nuestro mundo real. El talento de este escritor, que por la abundancia y calidad de su producción se ha clasificado en los primeros puestos del humorismo mundial, consiste en retratar la realidad viéndola desde un ángulo siempre nuevo y divertido. Álvaro de Laiglesia es como un fotógrafo que, al hacer la «foto» de un señor muy serio, le coloca la cámara encima de la cabeza para que se le vea bien esa calvita tan ridícula que tiene en la coronilla.

## ADVERTENCIA RELATIVAMENTE IMPORTANTE

*Todos los personajes, lugares y nombres que aparecen en esta novela, ¿son imaginarios o auténticos?*

*No lo sé.*

*Cuando se escribe tan apasionadamente como yo, es difícil determinar qué pasajes fueron copiados de la realidad y cuáles tuvieron por modelo la fantasía. Los verdaderos escritores, entre los cuales aspiro a figurar si ustedes no mandan otra cosa, caemos en trance al coger la pluma. Todo se borra alrededor mientras vamos derramando sobre las cuartillas el caudal de nuestras ideas:*

*No vemos al obeso cobrador que nos presenta una factura tan gorda como él, ni oímos al inmundo niño del vecino que atruena la casa con una odiosa trompeta. Sólo percibimos las imágenes y los sonidos del mundo que llevamos encerrado en el cerebro, cuya única puerta de escape es la punta del plumín recorriendo su camino de papel.*

*En el transcurso de este trance, de duración variable y regulada por la pereza del escritor, van brotando los personajes que él creó. O que él supone haber creado. Porque muchas veces esas criaturas existen realmente. Son retratos fidelísimos captados por las retinas del novelista y archivados en su memoria para enriquecer la fauna de su mundo particular. A veces el tiempo y la imaginación alteran el perfil de estos personajes, haciéndolos aparecer con algunas deformaciones. Pero esta cirugía estética es sólo superficial*

porque, en el fondo, siguen siendo idénticos a sus versiones originales, que andan vivas por ahí.

Quiero decir con esto que en la novela cuya lectura van a iniciar, encontrarán tipos de papel que a lo mejor conocen ustedes de carne y hueso. No me sorprenderá, por ejemplo, que algún lector interrumpa la lectura para exclamar:

—Pero ¡si este personaje es igual que Paco Potín, el tontaina de la panda de Chufa!

Y yo me encogeré de hombros, sin decirle ni que sí ni que no. Porque es posible que el personaje que provoque esa exclamación, sea en efecto Paco Potín, el tontaina de la panda de Chufa.

¿Qué culpa tengo yo? ¿Soy acaso culpable de que en algún guateque me hayan presentado a Paco Potín, el tontaina de la panda de Chufa? ¿Se me puede reprochar que la personalidad de este sujeto se me haya grabado en el subconsciente y que a la hora de escribir haya dibujado su caricatura en las cuartillas?

No. Porque los escritores somos esponjas que vamos por el mundo empapándonos de vida. Y, al exprimirnos, sale mezclado lo que vivimos con lo que soñamos.

Creo que esta explicación bastará para que el lector no crea que he pretendido componer una novela con clave, en la que cada tipo es una copia exacta de un individuo real. Yo me he puesto a escribir sin planes preconcebidos ni segundas intenciones, limitándome a hurgar con mi pluma en un ambiente que conozco bien: las malas costumbres de nuestra época. Y en mi búsqueda de materiales para construir el libro, me encontré casualmente al doblar una esquina con el protagonista: Alejandro Montalbán.

Puede que al conocerle más a fondo, algún lector esboce una sonrisa cargada de astucia y piense para su capote: «Este tipo es idéntico a Camilo Ponteguapo, el señorito que hizo furor el año pasado en la calle de Serrano».

Quizá lo sea, quizá no.

*Si lo es, mejor para él, porque estoy seguro de que nunca soñó con protagonizar una novela tan importante como ésta. Y si no lo es, ni ustedes ni yo perdemos nada, porque Alejandro Montalbán tiene suficiente personalidad por sí mismo para que el relato de sus aventuras y desventuras nos haga pasar uno de los ratos más deliciosos de nuestra existencia.*

*Que es, en resumidas cuentas, lo único que nos interesa a todos. A ustedes por ser lectores, y a mí porque soy*

**ÁLVARO DE LAIGLESIA.**

## PEDAZO PRIMERO

EN EL QUE VARIOS AMIGOS CHARLAN DE SUS COSAS ESPERANDO LA LLEGADA DEL PROTAGONISTA, QUE ES UN INFORMAL Y NO ACUDIÓ A MI CITA, PARA PRESENTARLE EN ESTE CAPÍTULO

—¡Otro *martini*, Perico! —ordenó Pimentel al barman.

—¿Con «Gordon»?

—¡Claro! No querrás envenenarme con uno de esos marratas nacionales.

Lo dijo casi a gritos, en ese tono de arenga que es necesario emplear en los locales de los países latinos para hacerse oír. Era la hora del aperitivo nocturno, y en el «Café del Señorito» reinaba un barullo espantoso. Las mesas estaban atestadas. En la barra había racimos de hombres pugnando por atrapar una copa.

Porque aquel café se puso de moda la temporada anterior, y a él iban a aperitivear los jóvenes de las mejores familias madrileñas. ¡Hasta el exquisito Carlines Morral, que tenía una cuadra con doce caballos y una tarjeta con seis apellidos! Y como el local no era muy grande, las aglomeraciones eran constantes.

Las mejores familias de Madrid, a cuya cifra hay que sumar otras tantas que se agregan por considerarse tan buenas como ellas, producen anualmente un porcentaje de juventud bastante considerable. Y el «Café del Señorito» era entonces su cuartel general. Allí acudía el joven rico con coche propio, y el menos rico que se lo pedía prestado a su papá. Iban también frutos aún verdes de frondosos árboles

genealógicos, que acababan de estrenar la *scooter* recibida como premio al final del bachillerato.

El mobiliario era incomodísimo, como el de todos los lugares que aspiren a ponerse de moda: mesitas en las que apenas cabía una consumición, y taburetes en los que a duras penas se acomodaba una nalga. La decoración de las paredes era incómoda también para los ojos, porque la había realizado un artista que aspiraba a alcanzar el rango de pintor; pero que se quedaba en abstracto y gracias.

La mayoría de las mesas estaban ocupada por parejas compuestas de novia y novio. La minoría restante, por pandillas de amiguitas que acudían al establecimiento con la honesta intención de pescar algún señor que, vestido de chaqué, las acompañara a dar un paseíto hasta cualquier altar de los alrededores. Como cebo para tan difícil pesca — hoy es mucho más sencillo cobrar un atún de cien kilos que un incauto de setenta—, estas «chicas bien» se esforzaban en portarse mal: bebían como anglosajones en noche de sábado y adoptaban actitudes provocativas para llamar la atención de los hombres hacinados en la barra. Muchas de ellas eran casi adolescentes que se pintaban los labios a hurtadillas con el *rouge* de sus mamás, y que tenían que limpiárselos antes de volver a sus casas para no ganarse un cachete.

—¡Perico! —volvió a rugir Pimentel, tendiendo de nuevo al *barman* su copa vacía—. ¡Sácame el aire de este vidrio con otro *martini*!

Porque Enrique Pimentel era un muchacho contemporáneo de pies a cabeza, que dominaba el lenguaje metafórico de su generación. Él fue uno de los primeros en decir que «las manos le apestaban a volante» para indicar que tenía coche propio, que le diesen «un humo» cuando pedía un cigarrillo, y que le «sacasen el aire» para solicitar una nueva consumición.

—¿Por qué bebes tanto? —preguntó a Enrique un mocito paticorto y gafudo, que añadía a estas desgracias la de

ser conocido por el mote de Pirulín.

—Para olvidar —explicó Pimentel, apurando de un trago la nueva copa—. He sufrido un desengaño amoroso de aúpa.

—Pero ¿tú crees en el amor? —intervino Jacinto Prat, influyente regordete que cobraba de tres enchufes distintos sin trabajar en ninguno.

—Ahora sí —confesó Enrique con un suspiro—. Tampoco los pastores creen en San Homobono. Hasta que una noche, en la soledad del campo, se les aparece San Homobono rodeado de luz y les pide que le construyan una ermita. A mí una noche también, en este mismo café, se me apareció Marisa rodeada de gamberros. Y desde ese instante, creo en el amor a pies juntillas. Pero no hablemos de eso, porque es una historia muy triste.

—Cuéntala, que nos divertiremos —dijo Pirulín, que era morbosete y gozaba con los sufrimientos ajenos.

—Si os divierte, allá va —comenzó Pimentel—. Como todos sabéis, soy sordo. No tiene ningún mérito que lo sepáis, porque se ve a la legua este aparatito que llevo metido en la oreja y este cordón que lo une al micrófono que llevo en el bolsillo.

—Pero no te afea en absoluto —aduló Pirulín—. Es como si llevaras un monóculo auditivo.

—Muy amable —agradeció Pimentel—. Feo o no, el caso es que sin este chisme oigo menos que una almeja. Sin embargo, a Marisa nunca le importó este defecto. Incluso me dijo que el cordoncillo colgante me daba personalidad.

—¿Qué es la personalidad? —preguntó Jacinto que, a pesar de sus enchufes, o quizá por culpa de ellos, era bastante ignorante.

—Lo único que tú no tienes, porque no se puede conseguir con influencias ni recomendaciones —aclaró Enrique antes de continuar—. El hecho de que a Marisa no le importara mi complicada instalación amplificadora, me animó a cortejarla con una asiduidad que a ella no le disgustaba.



Conseguí en poco tiempo ahuyentar la corte de moscones que siempre la rodeó, y empezamos a salir juntos casi todas las tardes. Yo había sufrido ese impacto psíquico que en lenguaje vulgar se llama «flechazo». Lo cual no os extrañará, porque todos sabéis lo guapísima que es Marisa.

—¿A qué Marisa te refieres? —preguntó Pirulín.

—¿A cuál va a ser, hombre? —dijo Enrique—. Pues a Marisa Cardona, naturalmente.

—Preciosa, en efecto —reconoció Jacinto con un significativo chasquido de lengua—. Tiene unos ojos maravillosos.

—Sobre todo el izquierdo —concretó Pirulín, que era muy detallista—. Pero ¿cómo íbamos a saber que te referías a ella, si nadie la llama Marisa?

—Claro que no —le apoyó Jacinto—. Todo el mundo la conoce por Mari.

—El «sa» final es reciente —explicó Pimentel—. Se lo añadió hace dos meses, al heredar de un tío suyo una Sociedad Anónima. No iba a seguir llamándose Mari a secas, como comprenderéis, habiendo heredado el derecho a usar la partícula «S.A.».

—Comprendido. Continúa.

—Salí con Marisa unas cuantas tardes —prosiguió Enrique—, con el fin de dar tiempo a nuestro amor para que fuese madurando. Una declaración prematura puede echar a perder el más bello de todos los idilios. El corazón de las mujeres, lo mismo que la pulpa de las frutas, necesita cierto tiempo para estar en sazón. En estas salidas previas, las parejas se observan como los luchadores de grecorromana antes del abrazo inicial que marca el principio de la lucha. Yo estaba cada día más enamorado de Marisa, pero dominaba mis ansias de declararme para no echarlo todo a perder. Me costaba mucho trabajo conservar este dominio, porque ya sabéis lo atractivos que son sus ojos.

—Sobre todo el izquierdo —volvió a puntualizar Pirulín.

—El derecho es algo más pequeño, ya lo sé —saltó Enrique, incomodado por la reiterada observación de su amigo—. Pero hay que fijarse mucho para notar que el párpado de ese ojo lo tiene un poco caído. Además, este leve defecto acentúa su encanto, pues da a su mirada la picardía de un guiño apenas iniciado.

—De acuerdo —aprobó Jacinto—. ¿Quieres dejar de interrumpir, Pirulín del demonio?

Y Enrique continuó:

—Algún tiempo después de estas salidas preparatorias, cuando estuve casi seguro de que ya tenía a Marisa al borde del bote, decidí declararme. Y no sólo ensayé cuidadosamente mi declaración, sino que busqué además un escenario adecuado. Estos detalles tienen mucha importancia cuando la mujer que se pretende conquistar es culta y sensible.

—En efecto —interrumpió de nuevo el pelmazo de Pirulín—. Un amigo mío fracasó ruidosamente por haber elegido para declararse un lugar que no reunía las necesarias condiciones estéticas ni aromáticas: la orilla de un río, en el punto donde desembocaba el desagüe de una cloaca.

—Yo —dijo Pimentel—, elegí una perfumada glorieta en el parque del Retiro.

—Astuto muchacho —celebró Prat, tamboreándose en un diente con el cristal del vaso.

—Había en la glorieta pequeños bancos respaldados por un dosel de madreSelva. En los bancos solamente cabían dos personas. La madreSelva estaba en flor.

—¡Qué bárbaro! —estalló Pirulín—. Elegiste el sitio más cursi y empalagoso de todo Madrid.

—Elegí también la hora del crepúsculo, que es a mi juicio la más poética por tres razones fundamentales. Primera, porque es la frontera donde se despide un día que muere de una noche que nace. Con lo cual se mezcla en esos instantes la tristeza de una defunción con la alegría de un nacimiento, ingredientes opuestos que componen un cóctel

sentimental muy excitante. Segunda, porque al ponerse el sol, las flores, castigadas por sus rayos, suspiran llenas de alivio. Y sus suspiros inundan el aire de fragancia. Y tercera, porque al atardecer se marchan los niños que jugaron durante el día, y llegan los enamorados que harán más niños cuando se casen.

»Con todos estos elementos, me lancé al ataque el día fijado de antemano. Llegué con Marisa al parque a las diecinueve quince. Al atravesar la verja de entrada, disminuí la velocidad del coche y lo conduje con lentitud hacia la glorieta.

»La tarde era espléndida. Unas ráfagas de viento, rápidas y breves como estornudos, agitaban las hojas de los árboles. Un rebaño de nubecillas, pastoreadas por el sol crepuscular, caminaba despacio hacia poniente.

»Al llegar a la glorieta, detuve el coche y nos apeamos. Como todos los bancos estaban libres, pudimos sentarnos en el que más nos apeteció. Y entonces, sin perder ni un minuto, inicié mi declaración. Con frases precisas y ligeramente líricas, expuse a Marisa los sentimientos que me inspiraba. Mientras hablaba, jugueteé con el cordoncillo de mi aparato auditivo para disimular mi nerviosismo. Marisa me escuchaba con los ojos bajos y yo no podía adivinar el efecto que le causaban mis palabras. Continué hablando sin interrupción, hasta soltar toda la pieza oratoria que había preparado. Al finalizar mi perorata, hice una pequeña pausa antes de añadir con voz trémula:

»—Te quiero, Marisa. ¿Puedo preguntarte si me quieres tú también un poco a mí?

»Ella levantó entonces la vista del suelo, me miró intensamente y sus labios se movieron pronunciando unas palabras inaudibles.

»—¿Cómo has dicho? —pregunté amablemente.

»Y ella volvió a repetir sus movimientos labiales, sin que yo pudiese captar ni el más leve sonido. Comprendí entonces la tragedia que acababa de sufrir: ¡la pila de mi audí-

fono se había gastado, y no podía oír ni pío! Me envolvía un silencio sepulcral, que la voz de mi amada era incapaz de perforar.

—¡Terrible situación! —exclamó Pirulín sin poder contenerse.

—La más atroz de toda mi vida —dijo Pimentel, con un suspiro que levantó un fuerte oleaje en la superficie de su copa—. Lleno de angustia, me llevé la mano al bolsillo con disimulo y hurgué en el mecanismo del aparatejo. Pero nada conseguí. Me dieron ganas de estrujar la pila para arrancarle aunque sólo fuera un cachito de voltio. Y Marisa, a mi lado, continuaba hablándome sin que yo pudiera adivinar lo que me decía. Al fin, cubierto de vergüenza, tuve que confesar lo que me estaba sucediendo.

»—Perdona, amor mío, pero se me ha acabado la pila.

»Ella detuvo el movimiento de sus labios y me miró con extrañeza. Comprendí que esta explicación, tan lacónica como ridícula, no bastaba. Y la amplí con estos detalles:

»—Al gastarse la pila, este aparato que llevo en la oreja ha dejado de funcionar y no te oigo. ¿Quieres hacer el favor de decirme más alto si tú también me quieres a mí?

»Marisa se aproximó un poco a mi oreja izquierda, y volvió a mover los labios repitiendo sus palabras anteriores. Sospecho que esta vez las dijo en un tono más fuerte, porque percibí un lejano rumor. Como cuando en la soledad campestre nos llega el alarido remoto de un pastorcillo que llama a un compañero. Pero no pude captar el contenido de aquel mensaje.

»—¿Cómo has dicho? —pregunté de nuevo, colocando mi oreja izquierda frente a la boca de mi adorada.

»Marisa, que se había ido poniendo nerviosa a medida que avanzaba esta escena grotesca, me indicó con un gesto a un guarda del parque que se disponía a cruzar la glorieta. ¿Qué habría pensado de nosotros si oye a una señorita profiriendo frases amorosas a voz en cuello? Probablemente nos hubiera detenido por desacato al pudor. Tuvi-

mos que esperar a que se alejara de la glorieta por una de las veredas laterales, para proseguir nuestra conversación estentórea. Y cuando el guarda desapareció, me volví a Marisa para suplicarle una vez más:

»—¿Quieres repetirme más alto todavía lo que me dijiste antes?

»Fue un error por mi parte, lo reconozco, porque debí comprender que el percance del audífono había modificado el clima de nuestra escena amorosa. Toda la electricidad que le faltaba a la pila, le sobraba a la atmósfera que nos envolvía. Y los nervios de Marisa fueron los primeros en saltar. Con las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo, me gritó al oído:

»—¡¡Vete a comprar una pila de repuesto, y déjame en paz!!

»Se levantó muy enfadada del banco, y hasta hoy. No he vuelto a verla ni la veré nunca más. Por eso bebo para olvidar.

Y dejando su copa en el mostrador, Pimentel ordenó al *barman*:

—¡Otro *martini*, Perico!

Pirulín preguntó a un pelirrojo que había en la barra junto a ellos:

—¿Qué hora es?

—No he traído reloj.

—¿Y ese bulto que tienes en la muñeca?

—Es un furúnculo.

—Perdona, chico —se excusó Pirulín—. Es que hace una hora que esperamos a Alejandro Montalbán, y no ha aparecido.

—No sé por qué te sorprende —dijo el enchufadísimo Jacinto—. Alejandro jamás ha sido puntual. Un día citó a su novia para salir, y cuando llegó a recogerla ella se había casado con otro.

—Pero hoy tenía una cita importante con Álvaro de Laiglesia, que deseaba presentárselo a sus lectores.

—Pues ni por ésas vendrá, ya lo veréis.

El ruido de las conversaciones hacía daño a los tímpanos. Menos a los de Pimentel, que cansado de tanto barullo desconectó su instalación acústica para quedarse a solas con su tragedia sentimental.

—Si Alejandro no viene en seguida, ya le veré mañana —anunció Pirulín—. Tengo que ir esta noche a una puesta de luto.

—¿Quién se pone de luto? —preguntó un tal Cucufate Palacios, que acababa de llegar a la barra.

—Los Gálvez del Prado —explicó Pirulín—. Se les ha muerto un tío que les deja un fortunón, y lo celebran por todo lo alto. Será una puesta de luto fenomenal.

—Yo, en cambio, no tengo nada que hacer esta noche —dijo Jacinto—. No tendré más remedio que salir con mi novia.

—Vente conmigo a la puesta de luto —le invitó Pirulín.

—Gracias, no me gustan los fiambres. Además, ¡se suda tanto en esos pésames!

—Eso sí —reconoció Pirulín—. Siempre he dicho que las capillas ardientes, cuando empieza el calor, deberían transformarse en capillas refrigeradas.

Y él mismo celebró su irrespetuoso chiste con una risita cascadilla y antipática. Porque Pirulín, lo mismo que Jacinto Prat y Enrique Pimentel, pertenecía a ese sector de la juventud contemporánea que se cree cínico tan sólo porque es capaz de reírse de las cosas que no tienen gracia. Y esto no es cinismo, como piensan esos jovenzuelos, sino simplemente mala educación. El cinismo es una postura frente a la vida mucho más seria y profunda. Burlarse de un paralítico, o de un muerto, o de una vieja tullida, está al alcance de cualquier burguesito malcriado que haya bebido dos copas de más. Para ser un verdadero cínico, hay que estar de vuelta de todo. Y la juventud de ahora, en general, sólo ha tenido tiempo de volver de Cercedilla después de un veraneo. Pienso, por lo tanto, que se exagera demasiado al

enumerar los defectos de los jóvenes actuales. Se les reprocha su apatía, su escepticismo... Y yo rebato estas acusaciones del modo siguiente:

Si son más apáticos, la culpa no es suya sino de las comodidades que la vida moderna pone a su disposición. Las ocasiones de ejercitar sus músculos y su esfuerzo intelectual son cada vez menos frecuentes. La bicicleta, máxima aspiración del mozuelo antiguo, se ha convertido en motocicleta. Las infectas pensiones estudiantiles, en las que se hacía gimnasia bucal luchando a diente partido con un filete, se han transformado en residencias confortables con comidas abundantes. La obtención de un puesto para ganarse el pan, se ha simplificado mucho con el uso y el abuso de la carta de recomendación. ¿Qué joven no se vuelve apático cuando la vida le brinda tantas facilidades para vivirla sin poner a prueba su musculatura física e intelectual?

Yo no hablaría de escepticismo juvenil, sino de indiferencia. El escéptico suele ser un desengañado, y a los veintipocos años sólo se han podido sufrir desengaños amorosos, profesionales y económicos. Pero no políticos. Eso es cosa de gente ya mayor, con el colmillo más retorcido. La política es un deporte para personas sesudas que ya no tienen edad de nadar en las piscinas, ni de correr detrás de un balón o de unas faldas. Por eso no estoy convencido de que nuestra juventud...

Pero tengo que interrumpir esta divagación, porque observo que acaba de entrar en el café el personaje que estaba esperando: Alejandro Montalbán. Con lo cual, todos salimos beneficiados: ustedes, porque la presencia del protagonista me permite reanudar el curso de la novela. Y yo, porque gracias a la misma circunstancia puedo cortar una divagación que podría llevarme demasiado lejos.

—¡Hola, hombre! —saludó Pimentel al recién llegado, conectando su instalación acústica—. ¡Menuda faena nos has hecho con tu puntualidad! Hemos tenido que llenar este capítulo hablando de tonterías.